

**Sumario**

*Comunicar la Buena Nueva a una diversidad de culturas y hacer manifiesta la fe en las diferentes expresiones que de ellas emergen es un gran desafío al compromiso evangelizador de la Iglesia. Proponer el mensaje evangélico requiere ir a la genuina experiencia cristiana: la autocomunicación de Dios, la aceptación de su Palabra y la expresión de la fe en actitudes de vida. Esta experiencia nace desde el respeto por la propia identidad, personal y social, y desemboca en la tarea de hacer posible la presencia de Dios en medio de los hombres.*

**La inculturación  
de la fe como  
desafío pastoral**

**Conferencia Episcopal de Colombia  
LXVIII asamblea plenaria extraordinaria  
(Santafé de Bogotá, D.C.,  
14 al 18 de febrero del 2000)**

**P. Mario de França Miranda, S.J.**

medellín

## Introducción

La Exhortación Post-Sinodal *Ecclesia in America*, (I.A.) en cuanto reflexiona sobre la rica y diversa vitalidad de la Iglesia católica en el continente americano, ofrece una pluralidad de temas y de problemáticas que ciertamente merecerían una reflexión propia. No siendo posible abordarlos todos en una única exposición, acabé por escoger el tema de “inculturación de la fe”, sin restarle importancia a los demás.

La Exhortación reconoce en las múltiples culturas y etnias presentes en el territorio americano una de sus grandes riquezas (I.A. Nº 5) y recomienda “que el Evangelio sea anunciado en el lenguaje y en la cultura de aquellos que lo oyen” (I.A. Nº 70), lo que vale sobre todo para los indígenas y afroamericanos (I.A. Nº 16; Nº 40; Nº 64). También reconoce el valor de la religiosidad del pueblo al afirmar que “la piedad popular es expresión de la inculturación de la fe católica” (I.A. Nº 16).

Por otro lado afirma “que la nueva evangelización pide un esfuerzo lúcido, serio y organizado para evangelizar la cultura” (I.A. Nº 70). Además el texto del documento apunta para otra cultura, transnacional, dominada por los poderosos, marcada por el materialismo y el consumismo, que elimina a los más débiles: niños no natos, ancianos, los enfermos terminales y los pobres (I.A. Nº 63). Compete a los católicos promover una “cultura de la vida” (I.A. Nº 63), una “cultura de la solidaridad” (I.A. Nº 52), que combata “ese modelo de sociedad basado en la cultura de la muerte” (I.A. Nº 63).

La expresión inculturación es un neologismo de pasado reciente en la teología y en el magisterio eclesial, cuyo significado fue surgiendo progresivamente. En el inicio todavía alternaba con el término o el sentido de “aculturación” (*Catechesi Tradendae* Nº 53; *Slavorum Apostoli* Nº 14). Expresa un fenómeno real, ya pre-

sente en el N.T. (R.M. Nº 23) y en toda la historia del cristianismo, que aparece luego en el Concilio Vaticano II (L.G. Nº 13; A.G. Nº 22; G.S. Nº 58) y en documentos posteriores (E.N. Nº 19). Como noción teológica, se distinguen dos conceptos antropológicos de “inculturación” (socialización), de “aculturación” (cambios originados del encuentro de culturas) y de “adaptación” (configuración externa).

Aunque el discurso sobre la inculturación de la fe sea eclesial, el fenómeno subyacente a esta expresión es tan antiguo como el propio cristianismo. Una simple lectura de los textos neotestamentarios nos testifica que la diversidad de expresiones del acontecimiento salvífico en la persona de Jesucristo proviene, no sólo de los diferentes intereses de los hagiógrafos, sino sobre todo por la diversidad de contextos socio-culturales, que reflejan situaciones existenciales diversas, problemáticas propias, lenguajes específicos. La pluralidad de cristologías y la multiplicidad de expresiones para denominar la salvación cristiana ya nos indican modalidades plurales para vivir y expresar la fe. Sea el conocido debate sobre la circuncisión de los cristianos provenientes del paganismo, sea, años más tarde, las disputas trinitarias y Cristológicas de los grandes Concilios, constituyen a su modo ejemplos de inculturación de la fe.

En nuestros días este tema está íntimamente ligado con serios problemas pastorales, tales como la transmisión de la fe, la pastoral urbana, la división entre fe y vida, el escaso fruto de la acción misionera en ciertos países, la liturgia poco significativa, el sincretismo religioso, como tendremos oportunidad de verificar a lo largo de esta exposición.

El significado de inculturación de la fe para el cristianismo es todavía más central. La afirmación de Juan Pablo II, tantas veces citada, lo sintetiza bien: “una fe que no se hace cultura es una fe que no fue plenamente recibida, no enteramente pensada, no fielmente vivida” (Carta al Cardenal Secretario de Estado, el 20/05/82). La inculturación hace referencia al respeto de la propia acogida del gesto de Dios por parte del hombre. De ahí que debe estar necesariamente presente en los grandes temas de la fe cristiana, como la revelación, la escritura, la tradición, la experiencia salvífica, la comunidad eclesial.

93.

## **1. La importancia de la cultura para el cristianismo**

La noción de cultura, referente a nuestro tema, no se limita al acervo de las creaciones del espíritu humano y sus pluriformes expresiones (artes, ciencias, técnicas). Ella tiene un alcance muy amplio, pues significa el conjunto de sentidos, valores y modelos, subyacentes o incorporados al ser y el comunicarse de un grupo humano. Gracias a ella, consigue el hombre liberarse de los determinismos biológicos y ambientales, pudiendo llevar una vida verdaderamente humana.

La cultura no significa solamente representación de una conducta real, sino que implica igualmente el estar siendo vivida por un grupo o una sociedad. Cultura significa, así, mismo una unidad fundamental de acción y representación, unidad encontrada siempre en todo comportamiento social.

El modo humano de vivir la vida, (cultura) corresponde al modo humano de vivir situaciones existenciales bien determinadas. De ahí deben sobrevivir los patrones culturales, en la medida en que persistan las situaciones que les dieron origen. Poco ayuda una cultura rural en el interior de una gran ciudad. En lo referente a la producción simbólica, los patrones culturales solo gozan de eficacia en la medida en que son vividos y actualizados en la acción social concreta.

Aquí aparece ya la importancia de la cultura para el cristianismo. La fe no solo debe estar presente en la confesión (discurso) de una persona, sino sobre todo debe estar inmersa en su vida concreta, constituyendo el sentido último que estructura su existencia. Si la fe permanece en su expresión o práctica ajena a una cultura, difícilmente será una realidad vivida en lo cotidiano.

Así nace el funesto divorcio entre fe y vida, ya denunciado por Juan Pablo II (R.M. Nº 33) y por los documentos de Puebla (Nº 783) y de Santo Domingo (Nº 33). Este último llega al no de la cuestión cuando afirma: "pocos asumen los valores Cristianos como elemento de su identidad cultural" (Nº 96).

La cultura no es una grandeza intangible, pues sufre cambios debido a factores internos (otras situaciones vitales) o externos



(otras culturas). Toda cultura refleja una limitación de orden estructural (fineza e ignorancia propias del ser humano) y de orden histórico (pecado), sin negarnos que muchos de sus elementos resultan de la gracia de Dios. Esta observación es importante para que comprendamos por qué toda inculturación de la fe implica al mismo tiempo una evangelización de la cultura. No se trata solamente de someterla a correcciones, pues la fe puede también realzar y profundizar elementos de una cultura, así como ésta puede igualmente enriquecer la fe. De ahí que defina Juan Pablo II la inculturación de la fe como “una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en las diversas culturas” (R.M. Nº 52).

Hoy vivimos en una sociedad pluralista que nos trae otra problemática. La enorme masa del saber, la inevitable división y especialización de sus campos, la complejidad creciente de la vida moderna, la multiplicidad de las fuentes de sentido, caracterizan la cultura actual como una cultura fragmentada. Ésta está constituida, sobre todo en las grandes ciudades, por subculturas o pequeños “mundos”, donde viven nuestros contemporáneos, dotados de una gran variedad de estructuras mentales, conforme experiencias personales, grados de educación, contexto vital. Cada una de esas subculturas presenta su lectura de la realidad con sus normas respectivas, manifestadas en su lenguaje y ética. Representan la reacción humana, esto es cultural, a situaciones vitales concretas con sus desafíos.

Aquí parece que la inculturación de la fe no es un problema restringido al tercer mundo, ya que afecta a todo el planeta, así mismo a los países tradicionalmente cristianos invadidos por la secularización (R.M. Nº 37). De igual manera la cultura transnacional manifestada sobre todo en el factor funcional y económico, no llega a ofrecer a través de la globalización, una cultura planetaria homogénea. Pues cada grupo social hace su propia relectura del material simbólico ofrecido, transformándolo e insertándolo en su “mundo”, hecho observado también en las clases populares.

Teólogos del tercer mundo observan que aún los intercambios culturales son afectados por la cuestión del poder. En una sociedad asimétrica hay culturas dominantes y subculturas domina-



das, debido a la etnia, al sexo, a la casta, a la educación, a la situación económica. Hay culturas que esconden mecanismos deshumanizantes, perpetúan injusticias y justifican exclusiones. Así mismo una inculturación de la fe puede implicar también una opción por los últimos de la sociedad. También se nota que las culturas más fuertes tienden a imponer sus elementos culturales como si fuesen valores evangélicos.

Aún en este horizonte podemos entender mejor la religiosidad popular. ¿No sería ella la vivencia y la expresión de la fe a partir de situaciones existenciales y contextos culturales desconocidos o despreciados por la religión oficial, consiguiendo así mismo llevar adelante la tradición recibida?

Ya el sincretismo aparece como una inculturación errónea por procurar integrar en la expresión y vivencia de la fe, elementos de cuño cultural no compatibles con el mensaje evangélico.

## **2. La inculturación de la Fe**

Si fuéramos a examinar con más cuidado el significado de aquello que debe ser inculturado, debemos concluir que no se trata propiamente de la fe. Ésta, subjetivamente como acto de fe u objetivamente como verdades de fe, ya se encuentra necesariamente inculturada, ya que sólo así nos es accesible. Por tanto, no es correcto que hablemos de inculturación del mensaje cristiano, pues este último sólo existe vivido y expresado en una determinada cultura.

Lo que constituye la realidad más original, previa a cualquier inculturación, es la propia iniciativa de Dios de comunicarse a los seres humanos. En cuanto estrictamente la acción del Dios trascendente, ella nos es inaccesible, así como la dimensión cognoscitiva de ese hacer divino, que conocemos como “Palabra de Dios” o “Revelación de Dios”. Por tanto, la fuente última de nuestra fe puede ser directamente objeto de un conocimiento humano que prescindiese de la fe del sujeto.

Esta acción salvífica divina, manifestada a lo largo de la historia de Israel y revelada definitivamente en Jesucristo, constituye, en un sentido más original lo que Pablo llama “Evangelio” (Rm 1,1).

Esto es lo proclamado por el Concilio de Trento “Tamquam fontem omnis et salutaris veritatis et morum disciplinae” (D.S. Nº 1501) y por el Vaticano II “fuente de toda la vida para la Iglesia” (L.G. Nº 20), y accesible a la Escritura y a la Tradición, en cuanto objetivaciones originadas de la misma “fuente divina” (D.V. Nº 9).

Por otro lado la autocomunicación de Dios solamente llega a su meta en la medida en que es acogida por el ser humano. Así mismo reafirmando su dimensión objetiva, se debe reconocer que la acogida de la fe es parte constitutiva de la realidad de la Revelación de Dios. Pues es también la autocomunicación de Dios (Espíritu Santo) que desvela en las palabras humanas y en nuestros hechos históricos su propia presencia y actuación en el mundo. De ahí que sean los fieles sujetos activos al testimoniar (Revelación) y transmitir (Tradición) la acción de Dios.

Esto significa que hay una apropiación subjetiva, una acogida en la fe, un reconocimiento consciente de la acción salvífica de Dios, testimoniada en la Escritura, en la Tradición y en el Magisterio. En otras palabras, acontecen realmente experiencias salvíficas en la aceptación del gesto divino, sea como Revelación (D.V. Nº 14), sea como Tradición (D.V. Nº 8). Pues lo que se acoge, en la fuerza del Espíritu Santo, es al final el propio Dios comunicándose a la humanidad. Ese acontecimiento salvífico entre tanto, sólo será tal, si fuera realmente significativo para el ser humano y estructurara de hecho su existencia, en una palabra si en él aconteciera una experiencia de salvación.

La experiencia cristiana presupone, por tanto, la fe en su aceptación objetiva y subjetiva (*Fides qua* y *fides quae*). La autocomunicación divina es determinante en la experiencia cristiana ya que en ella confesamos la revelación. Las expresiones históricas del gesto divino son así mismo expresiones humanas de experiencias salvíficas (Escritura, Tradición, Culto Dogmas), en cuanto testimonios de la acción victoriosa de la gracia de Dios.

En cuanto tales, esas expresiones son propiamente mediaciones de experiencias salvíficas y, por tanto, constitutivamente mistagógicas, ya que la fe no se dirige a ellas y si al propio Dios autocomunicándose, como bien observa Santo Tomás de Aquino (S. Th. II, II, 1, 2 ad 2).

Concluyendo podemos decir que la fe al ser inculturada viene a ser el propio Dios que se nos autocomunica. Se trata de un fenómeno complejo, porque siempre acontece mediatizado por las objetivaciones históricas y las expresiones humanas que lo manifiestan. Y lo manifiestan precisamente al ser expresiones de experiencias salvíficas de los que las acojan.

### **3. La inculturación de la Fe como proceso**

Habiendo examinado lo que entendemos por cultura y fe en la expresión “inculturación de la fe” podemos estudiar como acontece esta realidad. Es importante que enfatizamos sobre las expresiones de la acción divina entre los hombres, experiencias salvíficas realizadas por seres humanos. Estas experiencias son vividas, entendidas y expresadas en el instrumental cultural de la respectiva época, a saber, con el material lingüístico disponible de un grupo humano para vivir, captar y expresar sus experiencias cotidianas. Si el grupo humano en cuestión consiguiera vivir, percibir y tematizar una experiencia salvífica cristiana, eso acontecerá necesariamente en el interior del propio contexto existencial y cultural. Solamente así podrá tal experiencia ser vivida como salvífica, como verdaderamente significativa para aquella generación.

Aquí comienza ya a surgir más claramente la problemática subyacente a la inculturación de la fe, posibilitándonos entender por qué es tan antigua como el propio cristianismo. Si nuestra salvación consiste en acoger, en la fuerza del Espíritu, al propio Dios que se nos autocomunica y si esa acogida constituye una experiencia salvífica siempre vivida y expresamente contextualizada, siendo tales expresiones por tanto mediaciones mistagógicas de esta acogida salvífica, se torna entonces problemática la vivencia de la fe para grupos humanos que vivan, conozcan y expresen sus experiencias humanas a partir de otras situaciones existenciales y de otros lenguajes.

98

Pues tales grupos deberán vivir, captar y expresar el acontecimiento salvífico a su modo en correspondencia con su horizonte cultural, su ethos tradicional, sus propios desafíos, su instrumental lingüístico. Al hacerlo así, dejarán transparentar, “*doctrina, vita et cultu*” (D.V. Nº 8), la Buena nueva de la salvación cristiana permitiendo que ésta irradie toda su verdad y que sea, de hecho, significativa para sus contemporáneos.



La cuestión de la transmisión de la fe consiste finalmente en comunicar la experiencia salvífica de una generación a la otra, que vive otras situaciones existenciales, otros desafíos, otros lenguajes, de tal modo que también ella pueda experimentar la siempre actual autocomunicación de Dios a la humanidad. De todo lo dicho, aparece claramente la importancia capital de las formulaciones dogmáticas o de la acción litúrgica como mistagogia. Pero sobre todo, sobresale el sentido fundamental de la inculturación de la fe en la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Después de lo visto, resulta evidente que no existe una fe “pura” que pueda ser inculturada. Siempre lidaremos con una fe ya vivida y expresada en una determinada cultura. Y las objetivaciones de la fe (Escritura, Tradición, Culto, Dogmas) deberán ser respetadas en su verdad, pues son marcos incuestionables para expresar la fe de la Iglesia en una determinada época. Constituyen también el horizonte cristiano donde vivimos nuestra fe y encontramos nuestra identidad. Por otro lado, estas mismas objetivaciones, sin ser contradictorias, deberán permitir que la realidad última hacia la cual apuntan pueda ser diversamente vivida, pensada y expresada en otra cultura.

Todavía se requiere otra observación. La inculturación de la fe no se sitúa en el nivel de la reflexión o de la tematización. No se trata de traducir lo que ya viene expresado en otro lenguaje. Este fenómeno se sitúa en el ámbito más profundo y más complejo de la propia vida. Si la cultura es la que lleva al ser humano a vivir de este modo y no de otro, entonces la inculturación de la fe implica, más que una nueva apariencia, otro modo de vida para los cristianos que estén viviendo en otros contextos socioculturales. Ahí entonces se darán experiencias salvíficas y el Evangelio será de hecho una realidad significativa.

De aquí se sigue que la inculturación de la fe presupone vivencia cristiana de parte de los que viven en una cultura. De hecho, al concretizar en sus vidas el mensaje evangélico, se encuentran dotados de un camino existencial a la realidad salvífica, que será entonces entendida, expresada y practicada en su propio cuadro cultural.

Veamos lo que esto significa. Toda experiencia salvífica se constituye como tal, salvífica y significativa, siempre a través de

señales que la identifican y la distinguen de otras experiencias. Estas señales lingüísticas pueden ser conceptos, celebraciones, composiciones artísticas, prácticas y comportamientos. Naturalmente, estas expresiones siempre mediatizan y señalan una experiencia salvífica dentro de un marco cultural. En otro ambiente estas señales perderían su sentido original adquiriendo otros significados. Quien ya estuvo en un país dentro de otra cultura ciertamente experimentó que no se pueden repetir allí expresiones, gestos y reacciones que le sean familiares y obvias en su patria, bajo el riesgo de no ser entendido y hasta ridiculizado.

Se trata por lo tanto de vivir y expresar la experiencia de salvación traída por Jesucristo en otro contexto cultural que puede exigir nuevas señales (concepto, celebraciones, prácticas), como sucedió con la formulación del dogma cristológico de Calcedonia, sólo por citar un ejemplo. El nuevo horizonte abierto por otra cultura puede realzar ciertos aspectos de Revelación, omitidos o apenas latentes en el marco cultural tradicional, o que sin duda, significa un enriquecimiento de nuestra comprensión del Evangelio.

Por otro lado, no podemos negar que la versión occidental del cristianismo constituye una cultura forjada por la fe cristiana, sin la cual muchos de sus elementos simplemente no existirían. No pocos de ellos ya se volvieron patrimonio de toda la humanidad, y deberán ser integrados por su raíz cristiana en las posteriores inculturaciones de la fe. El rechazo de la configuración tradicional no garantiza, sólo por sí una correcta inculturación.

#### **4. La inculturación de la Fe como acción eclesial**

Ya el simple hecho de ser la cultura un fenómeno social indica que sea la comunidad cristiana, y no el individuo, el agente de inculturación. Teológicamente sabemos que la Iglesia tiene en el gesto salvífico de Dios su origen y su fundamento. Por su parte, esta iniciativa divina que caracterizamos como la autocomunicación de Dios tiene en la Iglesia su realización histórica. Así todos los miembros de la Iglesia son portadores de este acontecimiento, sea como receptores y configuradores de la Tradición (D.V. Nº 8), sea como responsables por su inculturación (R.M. Nº 54). Toda la Iglesia transmite "*doctrina, vita et cultu*", todo lo que cree, (D.V. Nº

8). Por lo mismo, como comunidad en sí diferenciada, pastores y fieles actúan en común, pero diversamente (D.V. Nº 10; L.G. Nº 12).

La participación activa de todo el pueblo de Dios se mostró más efectiva en el primer milenio del cristianismo, dentro de una eclesiología de comunión. Pues, de hecho, es la Iglesia toda la que profesa el Credo, siendo la fe del individuo participación de la fe de la Iglesia. Y es exactamente esa fe viva de todo el pueblo de Dios la que mantiene la identidad del acontecimiento salvífico en el transcurso de la historia, ya que las formulaciones, aunque sean necesarias y correctas, son siempre históricas y contextualizadas.

Naturalmente la pluralidad de configuraciones de la fe cristiana, tal como resulta de la inculturación, nos coloca delante de “problemas análogos a los que la Iglesia tuvo que enfrentar en los primeros siglos” (*Fides et Ratio* Nº 72). ¿Cómo conciliar la pluralidad de las expresiones con la unidad de la misma fe? De ahí que sea fundamental que las Iglesias particulares se mantengan en “comunión con la Iglesia universal” (R.M. Nº 54), abiertas al diálogo con las otras y dispuestas a la búsqueda “colegial” de la verdad.

Con todo, el factor principal para la unidad de la fe en la variedad de las expresiones viene a ser el mismo Espíritu Santo, que actúa en los diversos miembros de la Iglesia y que los dota de un instinto particular. Este don habilita al fiel para reconocer, “desde dentro”, lo que sintoniza o diversifica su fe. Lo que es conocido como el “*sensus fidei*” que se manifiesta en el “*sensus fidelium*” y desemboca en el “*consensus fidelium*”, una realidad más vivida que la expresada.

## 5. La dimensión pastoral de la inculturación

A pesar de tratarse de un fenómeno complejo no debemos perder de vista el alcance pastoral de la inculturación de la fe. Se trata finalmente de permitir que el gesto salvífico de Dios en Jesucristo, vivido y proclamado por la Iglesia en la fuerza del Espíritu, pueda llegar de hecho a nuestros contemporáneos como Evangelio (Buena Nueva) por medio de experiencias salvíficas y significativas.

Por lo tanto la tarea de la inculturación de la fe no se limita a regiones de cultura no occidentales ni a grupos étnicos minoritarios en nuestros países.

Pues la cultura urbana se presenta hoy fragmentada en una multiplicidad de subculturas, que afectan fuertemente la vida de nuestros contemporáneos. Confesamos en Jesucristo la verdad última sobre el ser humano. Pero no olvidamos que esta verdad viene siempre expresada en un lenguaje determinado, que puede no ser muy significativo para otros contextos.

El encuentro personal con Jesucristo es la meta de la acción evangelizadora de la Iglesia. Esta experiencia salvífica, que marcó nuestras vidas y que explica por qué estamos aquí reunidos debe ser comunicada a otras generaciones y a los diferentes grupos humanos de nuestra actual sociedad pluralista. Compete a los pastores fomentar la dimensión mistagógica de la fe y estimular nuevas expresiones y prácticas de esta misma fe, sabiendo igualmente corregir desvíos de la Tradición y acoger iniciativas aunque sean imperfectas.

Es importante que los cristianos viviendo semejantes situaciones existenciales o afrontando iguales desafíos, puedan dialogar entre sí, testimoniando y explicitando en palabras y prácticas la forma como viven su fe. En la verdad, como protagonista de la Nueva Evangelización, puede el laicado católico contribuir mucho, con nuevos lenguajes y acciones, para que la salvación de Jesucristo llegue a todos en la sociedad. Intimamente conexas con nuestro tema está la convocación frecuente de Juan Pablo II para una participación activa de los laicos en la evangelización.

### **Documentos citados**

- A.G.: Decreto *Ad Gentes* del Concilio Vaticano II.
- D.V.: Constitución *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II.
- E.N.: Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*.
- G.S.: Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II.
- I.A.: Exhortación post-sinodal *Ecclesia in America*.
- L.G.: Constitución Dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II.
- R.M.: Encíclica *Redemptoris Missio*.